

COMBATIENTES Y REPATRIADOS CANARIOS DE LA GUERRA DE CUBA, 1895-1898

POR

JAVIER MÁRQUEZ QUEVEDO

RESUMEN

A finales del siglo XIX las guerras coloniales obligaron al reclutamiento masivo de soldados. La mayoría de ellos eran jóvenes recién llamados a cumplir el servicio militar. Elegidos mediante un cruel sorteo, iban a parar a una tropa compuesta por ciudadanos de las clases sociales más pobres. Soldados de las Islas Canarias tuvieron que sumarse a los batallones expedicionarios que lucharon bajo unas terribles condiciones materiales, donde las enfermedades tropicales serían su peor enemigo. Escasa atención han recibido hasta el momento estos reclutas isleños alistados a la fuerza en el ejército español de Cuba. Veremos cómo fueron seleccionados, los lugares en que combatieron y la penosa repatriación de quienes sobrevivieron a la campaña.

Palabras clave: Guerra de Cuba, Islas Canarias, soldados, repatriación.

ABSTRACT

At the end of the 19th Century colonial wars required a massive recruitment of soldiers. Most of them were young men just called to do the military service. They were chosen by a cruel draw and they were sent to troops of citizens from the poorer social classes. Soldiers from the Canary Islands had to join expeditionary battalions that fought under horrible conditions, where tropical diseases were their worst enemy. Little attention was paid to these recruits from the Canary Islands after they were forced to enlist the Spanish Army in Cuba. We will see the way they were selected, places where they fought and the dreadful repatriation of those who survived the campaign.

Key words: Cuban War, Canary Islands, soldiers, repatriation.

Los efectos de las campañas coloniales en la tropa expedicionaria española son conocidos y han dado lugar a una razonable producción historiográfica, la cual alcanzó su cenit durante la conmemoración académica del Desastre hace ahora una década. La cuantificación total de los soldados trasladados a Las Antillas es cuestión casi resuelta, tanto como que hoy ya disponemos de una estimación bastante certera del número de bajas y muertes producidas por aquel conflicto en el ejército peninsular. A lo largo de los más de tres años de lucha fueron transportados por la *Compañía Trasatlántica* 219.858 soldados procedentes de todas las provincias españolas —a los que habría que sumar los combatientes de la anterior Guerra de los Diez Años—. De entre todos ellos, las fuentes oficiales señalan un total de 44.389 muertos¹. Estas cifras globales sin duda animan la curiosidad por parcelar las aportaciones regionales al conflicto bélico. Sólo como punto de partida cabe preguntarse cuántos ciudadanos canarios fueron reclutados para dichas campañas de ultramar y, sobre todo, cuántos de éstos pudieron volver y en qué condiciones.

La participación bélica de los isleños en Cuba es un tema complejo, puesto que lo que se entiende por un combatiente canario varía desde quienes se integraron en el Ejército Libertador de Gómez y Maceo a los llamados *voluntarios* o milicianos de las numerosas fuerzas irregulares que pelearon del lado español. En ambos casos, se trató de emigrantes procedentes del Archipiélago que optaron por uno u otro bando. A todos ellos hay que sumar los que fueron forzosamente embarcados a Cuba como tropa y oficialidad del contingente de ultramar. Respecto a los canarios *mambises* existen varios trabajos que han glosa-

¹ YAÑEZ GALLARDO, C. R: «La última invasión armada. Los contingentes militares españoles a las guerras de Cuba, siglo XIX», en *Revista de Indias*, 194/LII, 1992, pp. 110-111. La cifra que se expresa de fallecimientos es la establecida por el periodista e historiador Pedro Pascual, seguramente la más fiable de todas las barajadas hasta el momento, ya que se ha basado en la crítica de las diferentes versiones y en el recuento hombre por hombre de todas las filiaciones que aparecieron en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra. Los cálculos de este investigador han sido divulgados en PASCUAL, P.: *Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Las víctimas (muertos y heridos, 1868-1898)* en *Historia 16*. Año XXIV, n.º 295, noviembre 2000.

do la trayectoria del medio millar largo de combatientes registrados. Su mayor conocimiento quizás se deba al atractivo que ha tenido para los historiadores el haber sido producto de un hondo proceso de identificación cultural canario-cubana, que combina bien con la imagen romántica del rebelde, además de su constancia en los censos de las filas insurrectas². Sin embargo, con relación a los milicianos españolistas parece que aún cuesta mucho la valoración de su papel en la guerra y la mayor parte de las referencias con las que nos manejamos son indirectas. Bien es cierto que tampoco se ha escrito demasiado sobre los soldados expedicionarios³, y no parece que se haya tratado el tema con el rigor necesario, desde los embarques a las bajas o repatriaciones.

La destacada presencia de canarios entre los *extranjeros* que lucharon en las filas insurrectas se comprende desde su fuerte implantación rural. Los trabajadores agrícolas, ya fuesen vegueros o sitieros, peones de plantación, blancos, negros o mulatos conformaron los segmentos sociales de los que se nutrió el Ejército Libertador. Y éste mantuvo desde luego una gran capacidad de movilización popular a partir de 1868. Puede entenderse que las condiciones de explotación de muchos de estos guajiros les empujasen a adherirse a las formaciones independentistas. Incluso los jefes republicanos incitaron a quintos y voluntarios a desertar y unirse a sus cuadrillas, unas fugas que se incrementaron especialmente en el tramo final de la guerra. Estos desertores, muchos de ellos heridos y fatigados, llegaron a encontrar mejor atención en las profundidades de la manigua que en los abarrotados hospitales militares⁴. Si bien, a veces, el

² *Vid.*, entre otros, a DOMINGO ACEBRÓN, M. D.: «Los canarios en el Ejército Libertador de Cuba, 1895-1898», en *Tebeto*, 5, II, 1994, pp. 33-52 ó FERNÁNDEZ, J./CASTELLANO GIL, J. M.: *Mambises isleños. Canarios en el Ejército Libertador de Cuba*, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999, p. 209.

³ *Cf.* GARCÍA PÉREZ, L.: «El Batallón Provisional de Canarias en la Guerra de Cuba (1895-1898)», en *Tebeto*, 17, 2004, pp. 127-154.

⁴ Archivo Nacional de Cuba (ANC), fondo Gobierno de la Revolución de 1895, Secretaría de Guerra, exp. 1.014; 2.114 y 2.371, leg. 11 y fondo Asuntos Políticos, exp. 2, leg. 198. Hemos podido localizar en este fondo a algunos canarios que desertaron del Tercio de Voluntarios de La Habana, de la guerrilla de Bolondrón o del Batallón Provisional de Cuba.

motivo de la desertión fuera simplemente la falta de pago de los premios de enganche. Por otra parte, algunos de los bandoleros que poblaron de siempre los campos cubanos abrazaron la causa de la liberación nacional —sus robos e incendios apenas diferencian el modo de proceder de un cuatrero de las acciones militares de los insurrectos—, o formaron parte de los cuerpos de voluntarios⁵. Una transformación de bandidos a héroes populares que caracteriza a muchas guerras modernas.

Hubo también muchos isleños en las filas de voluntarios o guerrillas, pese a que se ha tendido a valorar a la baja su protagonismo en la guerra. Su número real es muy difícil de fijar pero existen suficientes datos indicadores para pensar que no debió de ser insignificante. Se les ha asimilado comúnmente con las clases medias y altas de La Habana, aunque se encuentran abundantes noticias de partidas guerrilleras canarias en la Cuba más rural. El conocido cimarrón Esteban Montejo pudo en su día confirmar la presencia de muchos *isleños* en estos cuerpos. Francisco Alonso Vega organizó una guerrilla canaria durante el mandato del general Weyler. Las guerrillas de Bolondrón y Camajuaní fueron en su mayoría de canarios y 150 más se alistaron en la de Cienfuegos. Al frente del tercio montado de Sagua se hallaba otro paisano, el teniente Wenceslao Abreu. El periódico habanero *Las Afortunadas* publicó que de los 250 miembros del Tercio de Voluntarios de Luís Lazo, en Pinar del Río, 150 eran de origen canario e informaba de la composición de un escuadrón de caballería en Güines, formado en su mayor parte por los inmigrantes isleños de aquella localidad. En este sentido, también es reseñable la labor del periodista y político palmero Luís Felipe Gómez Wangüemert promotor en 1896 de la mencionada guerrilla de Luís Lazo y que encabezó una comisión con el propósito de solicitarle a Valeriano Weyler armas y pertrechos para mil jóvenes canarios⁶.

⁵ DE PAZ SÁNCHEZ, M. *et alii*: *El bandolerismo en Cuba, presencia canaria y protesta rural*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1994, II, pp. 164-188.

⁶ BARNET, M.: *Biografía de un cimarrón*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1966, p. 181. *Las Afortunadas* de La Habana, 27 de octubre y 29 de diciembre de 1895. DE PAZ SÁNCHEZ, M.: *Wangüemert y Cuba*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1991, I, p. 27.

Al margen de todas estas consideraciones, el objeto de este trabajo es el soldado embarcado a Las Antillas para sofocar la rebelión. Nos faltaba la secuencia histórica que se aproximase a los hechos que provocaron sus sufrimientos en esa campaña militar y, tratándose de expedicionarios, una indagación en las circunstancias de su repatriación. Los ingredientes generales de esta historia han sido ampliamente descritos. Se partía de un sistema de reclutamiento injusto —condicionado por el fenómeno de la redención legal— que obligaba a los más pobres a ir a la guerra y que explicará en gran medida la degradación política y social del régimen que sacrificaba a estos quintos. Luego, las terribles penurias del soldado en campaña y de los enfermos y heridos en hospitales de Cuba, así como de su reembarque. La situación era ya pésima en la Guerra de los Diez Años, tal y como la había denunciado con frecuencia en el Parlamento el general Manuel Salamanca⁷ y a la que nunca se le quiso poner remedio. La corrupción de las clases dirigentes y el favoritismo hacia ciertos empresarios que suministraban productos al ejército, la colusión con la *Compañía Trasatlántica* para aumentar el número de soldados expedicionarios, son evidencias de una guerra mal llevada o subordinada a los intereses oligárquicos del momento⁸. Y al final del camino, una dolorosa repatriación de veteranos famélicos, en gran número lisiados, con sus vidas destrozadas y una difícil reinserción social. Individuos que pagaron con su juventud la defensa de unos intereses espúreos y que nada recibieron a cambio.

⁷ Vid. Diario de Sesiones de Las Cortes. Congreso de los Diputados, 7 y 8 de mayo de 1878, n.º 56 y 57.

⁸ Algunas aportaciones clásicas sobre los factores que caracterizaron a estas guerras las encontramos en HERNÁNDEZ SANDOICA, E./MANCEBO, M. F.: «Higiene y sociedad en la Guerra de Cuba (1895-1898). Notas sobre soldados y proletarios», en *Estudios de Historia Social*, 5, 1978, pp. 363-384 ó en la excelente monografía de MORENO FRAGINALS, M. R./MORENO MASÓ, J. J.: *Guerra, migración y muerte (El ejército colonial en Cuba como vía migratoria)*, Júcar, Gijón, 1993.

RECLUTAMIENTOS Y EMBARQUES

La sucesión de desdichas que culminaba con el soldado en los campos de batalla tenía pues su arranque en el propio reclutamiento. Las plazas se cubrían normalmente por sorteo dado que el alta voluntaria para ultramar era muy infrecuente, al menos en Canarias. Los ofrecimientos de los mandos del Ejército para ir a servir a Cuba nunca dieron buenos resultados, pese a que hubiera tanta gente en la miseria. Las clases populares rechazaban el servicio militar y ni siquiera se llegaron a formalizar banderines de enganche en las islas. Otro método para dotar a los contingentes de tropa fue el envío —a cambio del supuesto indulto— de prófugos, desertores y corrigendos que penaban por sus delitos⁹. La guerra dio lugar año tras año a un incremento espectacular del número de mozos obligados a ingresar en filas. Esta masificación hizo que en Canarias se pasase de los quinientos sorteados en 1894 a más dos mil un par de años más tarde. Hay que recordar que hasta el *Grito de Baire* las islas no dieron cupos de soldados para servir en las colonias de ultramar. En 1897 se sobrepasó el techo histórico de los tres mil quintos —muchos prófugos e infractores de reemplazos anteriores fueron obligados a servir— pero una vez terminada la contienda las reclutadas volvieron a reducirse a más de la mitad de lo que venían proporcionando. La insurrección antillana fue vista como una verdadera tragedia para aquellos que tuvieron que marchar y sus allegados, por lo que se acudió a todo tipo de recursos para evitarla, desde la redención en metálico a la fuga sin más. Hubo familias que realizaron un esfuerzo extraordinario para redimir a sus hijos, vendiendo propiedades o recurriendo a préstamos, a los costosos ahorros o a las remesas de un pariente indiano generoso. Bastantes capitales irían a parar a

⁹ Cf. Carta particular del Ministro de la Guerra al Capitán General de Canarias, 26 de agosto de 1895, Archivo Regional de la Zona Militar de Canarias (ARZMC), 3ª Sección, 3ª División, leg. 9. Según Rafael Guerrero a finales de 1895 se habían embarcado para Cuba unos 2.700 «indultados», GUERRERO, R.: *Crónicas de la Guerra de Cuba*, M. Maucci, Barcelona, 1895-1897, II, p. 184.

esta exención del servicio militar. Pérdidas que supusieron un duro golpe económico para una fracción importante del campesinado canario¹⁰.

Según nuestro propio recuento, fueron un total de 1.419 los soldados canarios alistados para las guerras coloniales, embarcados en nueve expediciones consecutivas¹¹ —incluidos también los destinados a Puerto Rico y Filipinas— entre agosto de 1895 y febrero de 1898. No parece un número excesivo en comparación con las cifras globales del ejército de Cuba, aunque no por ello dejó de causar un trauma considerable en la sociedad insular. Se trataba de individuos muy jóvenes, en bastantes casos la principal o única fuente de ingreso familiar, que tenían que abandonarlo todo para incorporarse a filas. En las primeras compañías formadas para el Batallón Provisional de Cuba habrá hasta 130 mozos del reemplazo de 1895. A estos quintos, que por primera vez salían de sus pueblos, se les forzó a marchar a los trópicos sin casi ninguna preparación militar. Los primeros en partir fueron un grupo de 59 artilleros que entre agosto y septiembre del primer año se incorporó al 11º Batallón Expedicionario de Artillería de Plaza, con organización y depósito de embarque en Cádiz. Ya en la misma travesía desde Santa Cruz de Tenerife a la Península uno de estos reclutas no resistió el viaje y murió. Los dos transportes más numerosos fueron, sin embargo, el de noviembre de 1895, que se llevó a 343 hombres, y el de agosto de 1896, con el embarque de 437 más en el buque *San Agustín*. Entre los dos, más de la mitad del grueso de

¹⁰ En sus informes anuales el vicecónsul británico en Las Palmas, Alex Ferguson, culpaba del parón en los intercambios comerciales con su país al pago de redenciones por parte de los campesinos isleños. Fue testigo de cómo se retiró mucho dinero para esos fines, lo que había supuesto «un duro golpe del que se tardaría mucho en recuperar», QUINTANA NAVARRO, F. (ed.): *Informes consulares británicos sobre Canarias (1856-1914)*, CIES, Las Palmas de Gran Canaria, 1992, I, pp. 106, 500 y 507.

¹¹ *Fuerzas y material enviados a ultramar desde el 8 de marzo de 1895 al 1 de enero de 1897*, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1897. *Anuario Militar del Ejército*, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, Madrid, 1896-1899. ARZMC, *Alistamientos de 1895, 1896 y resultado de la concentración de los individuos del cupo de Cuba y reemplazos de 1897 y 1898*, 2ª Sección, 11ª División, leg. 9 y 10.

soldados naturales de las islas que habrían sido destinados a ultramar durante la guerra.

La principal fuerza expedicionaria procedente de Canarias se organizó en torno al Batallón Provisional de Cuba, creado por una real orden de 18 de octubre de 1895. Lo componían seis compañías, cuatro de Baleares y dos más de Canarias. En su primera formación, la quinta compañía estuvo integrada por tropas del Batallón Regional de Canarias N.º 1, residente en Santa Cruz de Tenerife, que sorteó a 100 soldados de tropa y concentró a 77 reclutas del reemplazo de 1895, de los cuales se redimieron ocho. El Regional N.º 2, de Las Palmas, sorteó a su vez a 95 —63 mozos de ese año— pagando nada menos que veintitrés de esos quintos las dos mil pesetas de su carta de redención. También se recurrió a soldados de los distintos batallones de reserva de las islas para cubrir las plazas. Cada compañía debía estar formada sobre el papel por unos 230 soldados, aunque rara vez se cumplía esta premisa. De los 51 oficiales que acompañaron las expediciones, a 41 les tocó servir por sorteo. Los diez restantes vinieron de aquellos batallones de reserva para obtener su pase a la escala activa ofreciéndose voluntarios. Finalmente, el 28 de noviembre, partirá este batallón en el vapor *San Ignacio de Loyola* con 330 soldados y 13 oficiales del archipiélago canario. A lo largo del año siguiente el Provisional de Cuba continuó recibiendo efectivos, junto a quienes fueron enviados a cubrir vacantes en otros cuerpos de Cuba¹². Más tarde se desgajará en dos unidades, dando lugar con ello al nacimiento del Batallón Provisional de Canarias, integrado por quintos isleños en un amplísimo porcentaje. Cotejando las dos provincias que nutrieron a esta fuerza, los regimientos de Baleares —con más recursos— aportaron alrededor de 1.700 hombres a la Guerra¹³. El desglose de los canarios destinados a Puerto Rico en 1895 y 1896 nos arroja un saldo aproximado de 144 soldados, aunque casi todos terminarán siendo reembarcados a Santiago de Cuba. En los mismos años nos aparecen otros 97 para Filipinas.

¹² *Ibíd.* ARZMC, *Alistamientos de 1895, 1896 y resultado...*

¹³ MARIMONT RIUTORT, A./SALVÀ, X.: «Mallorquins, menorquins i eivissencs a les guerres de Cuba i de les Filipines», en *Randa*, 1989, pp. 21-36.

La estruendosa despedida del *San Ignacio* debió de vivirse con una mezcla de estupor y desgarró entre el pueblo llano. Ésta fue la expedición que más expectación levantó en su momento, al anunciarse con mucha antelación e incluir a los primeros quintos del reemplazo en curso. Aquel otoño la concentración de los soldados se vio rodeada de inacabables exaltaciones patrióticas en la prensa local —muy poco antes los mismos diarios habían cuestionado la capacidad legal del gobierno de Cánovas para señalar cupos canarios a ultramar— de discursos grandilocuentes a cargo de autoridades civiles, loas poéticas, desfiles, misas de campaña y obsequios donados a los soldados¹⁴. Corrían los primeros meses del conflicto y un clima de triunfalismo ciego impregnaba a todo el país. Pero pronto estos fastos se fueron apagando, como en el resto de España. Las noticias sobre la propagación de la insurrección, las continuas bajas, los enfermos repatriados hicieron que cundiera un enorme pesimismo. Los siguientes embarques se fueron completando en medio de un creciente silencio e indiferencia social, anunciados en notas de prensa cada vez más cortas. El contraste era evidente, más en unos puertos que asistían a la continua arribada de buques transportando tropas aunque fueran en escalas muy breves, a menudo de unas pocas horas, para pertrecharse de agua, carbón y víveres y sin dejarse bajar a la tropa.

Los preparativos de las compañías canarias que iban a formar parte del Batallón Provisional de Cuba han dejado una documentación más bien pedestre en los archivos militares. Estos papeles reflejan por lo general procedimientos administrativos con nulo interés histórico, pues tienen que ver con el pago de haberes a la oficialidad, el pase de soldados de una isla a otra

¹⁴ Para la polémica sobre los cupos canarios: *Diario de Las Palmas*, 5 de abril de 1895. Refiriéndose a la euforia del principio, apareció de manera insólita un artículo de prensa anónimo: *¡Maldita sea la Guerra!*, en donde se planteaba una crítica abierta contra «el inmenso matadero de Cuba que no cesa de tragar hombres», además de describir un escenario dantesco ante el inminente adiós a los quintos y la situación mísera en que dejaban a sus familias, *Ibid.* 12 de noviembre de 1895. El periódico tinerfeño *Iriarte* fue imputado de un delito de sedición por reproducir un artículo valenciano en el que se llamaba a la desobediencia civil durante la campaña de embarques a Cuba.

o la reclamación de dinero al Ministerio de la Guerra¹⁵. Las disposiciones y despachos quedaron archivados de manera confusa, a veces sin orden ni concierto. Sin embargo, alguna información se puede hallar en medio de estos trámites, como que la rutina organizativa implicó el alistamiento forzoso de prófugos capturados y de presos condenados por tribunales militares que se encontrasen cumpliendo cadenas no perpetuas en cárceles comunes¹⁶, según la correspondencia inserta del Gobierno Militar de Tenerife. Igualmente quedan al aire las penurias de este ejército al observarse las reiteradas notificaciones para que se libren los atrasos en los socorros de la tropa que había de marchar a ultramar. Esas mismas minutas corroboran que los combatientes salieron principalmente de los conscriptos del reemplazo anual sin existir en Canarias medios para equiparlos. No contaban con material sanitario de campaña ni con trajes de rayadillo, zapatos guajiros, macutos, guayaberas, tahalíes y demás, que tuvieron que improvisarse sobre la marcha en Mallorca. El nuevo armamento iría empacado en otro barco que saldrá para Las Antillas en marzo de 1896. Sucesos de última hora retrasarán las operaciones de alistamiento, caso del pago de algunas redenciones en metálico o de las bajas producidas debido a epilepsias, tisis o enfermedades venéreas. Esto exigió repetir sorteos de reclutas para sustituir las ausencias.

La propia travesía ya representaba un alto riesgo para los contingentes militares a causa de las malas condiciones de los transportes. Si aún tenían la mala fortuna de desembarcar entre los meses de mayo y agosto, en la época del año en que las enfermedades endémicas actuaban con mayor virulencia, ello equivalía a declararlos víctimas propiciatorias de la fiebre amarilla. La prueba estaba en la enorme mortandad que apuntaban los hospitales militares cubanos entre los reemplazos recién llegados, de por sí castigados por un largo viaje cuya duración media era de unos veinte días. El espantoso retrato de uno de

¹⁵ ARZMC, Serie Campañas (Campaña de Cuba) Exp. S/N.

¹⁶ Un telegrama de la autoridad militar en Las Palmas comunica el traslado de siete prófugos que debían unirse a la expedición junto con cuarenta y ocho reclutas más. Esta medida se tomó tan solo una semana antes de la partida.

estos traslados incide en el maltrato extremo al que se veían sometidos los reclutas, en oposición a una burguesía que gritaba vivas al ejército al paso de las tropas. Se hablaba de privaciones innecesarias, de humillaciones morales y de sufrimientos físicos. Miles de hombres a bordo de un vapor sucio y pequeño, hacinados, sin lecho para descansar. El testimonio llega a asimilar su situación con la de los barcos negreros. Ésta se vuelve inenarrable cuando a su paso por Canarias, el *San Agustín* sube más de cuarenta reses a la nave. Los animales ocuparon lugar entre los quintos, que tuvieron que acostarse entre las patas de las bestias. A los cuatro días de zarpar desde las islas una fuerte lluvia caló a la tropa que pernoctaba al raso en la cubierta, a pesar de que el Estado pagaba 175 pesetas por el transporte de cada expedicionario. Cuando caía la noche se bajaba a parte de la soldadesca a una bodega oscura y nauseabunda, sin apenas ventilación, para poder despejar algo las zonas de tránsito del barco¹⁷. Así, los hombres llegaban a destino muy tocados, agotados, sin haber podido apenas dormir, mal alimentados o padeciendo afecciones pulmonares a causa del frío y la humedad. Y listos para entrar en combate.

LA CAMPAÑA

El momento de la llegada a Cuba de los primeros contingentes canarios coincide con una de las fases decisivas de la guerra: la invasión de Occidente comandada por Antonio Maceo; una etapa que transcurrirá entre octubre de 1895 y comienzos de 1896, fecha en la que los hombres del *Titán de Bronce* entran en el pueblo de Mantua, en la provincia de Pinar del Río. Dicho acontecimiento marcará el desarrollo general del conflicto al revelarse totalmente vulnerable la trocha de Júcaro a Morón y, sobre todo, por el hecho de que la insurrección se sintiera ahora tan cerca de la capital de la isla. Ahí era donde se reunía la flor y nata de la oligarquía españolista, aterrada ante la perspectiva de tener que afrontar un asedio. Ello precipitó el refuerzo

¹⁷ *El Tribuno* de Sevilla, 18 de agosto de 1895.

militar de la plaza, en tanto las milicias de voluntarios no estuvieron operativas hasta finales del año 95. La segunda revolución había traspasado con creces los efectos del 68, cuando no había sido capaz de ensancharse fuera de las provincias orientales. El ejército de desvalidos que se enfrentaba a este escenario no sólo debía encarar la siniestra lotería del vómito negro, sino moverse en un conflicto que cubría ya la práctica totalidad del territorio¹⁸. Tal era el estado de las cosas aquel 17 de diciembre en el que el Batallón Provisional de Cuba desembarcó en La Habana.

Varias razones hacen que sea todavía muy difícil historiar la campaña militar de estos soldados. En primer lugar, la dispersión de los canarios en distintas unidades a lo largo de la guerra entorpece muchísimo su estudio, si bien la presencia del Batallón Provisional de Cuba, luego de Canarias, permite poner la lupa en un número significado de expedicionarios isleños. Y si no se ha podido localizar el diario de operaciones del batallón *canario*, no obstante las hojas de servicio de algunos de sus mandos sirven de apoyo para reconstruir el itinerario de su actuación¹⁹. No está de más recordar que esta unidad no tiene nada que ver con el Regimiento de Infantería de Línea *Canarias 42*, cuerpo acantonado en Madrid. Su primer batallón fue enviado al ejército de operaciones en Cuba, por lo que erróneamente se ha venido atribuyendo a los soldados de las islas un protagonismo fatal en el afamado combate de Mal Tiempo. El 15 de diciembre de 1895 —quedaban por delante muchos meses para que se organizase el Provisional de Canarias— cerca del

¹⁸ Cf. ELORZA, A.: «Con la marcha de Cádiz (imágenes españolas de la Guerra de Independencia Cubana, 1895-1898)», en *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988, p. 328.

¹⁹ Oficiales Rafael Castro Caubín, Tomás Castro Vázquez, Francisco de Rosa y Falcón, Millán Botas y Foronda y Pedro Marirodriga, Archivo General Militar de Segovia (AGM), 1ª Sección, leg. C-2351; C-2362; R-3070; B-3606 y M-766. El historial del Batallón Provisional de Baleares ha sido consultado por NEGREIRA, J. J./DE MESA, J. L.: *Mallorquines, menorquines y pitiusos en la Guerra de Cuba (1895-1898)*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1998 *apud* GARCÍA PÉREZ, L., p. 133. *Las Afortunadas* publicaba listas de nombres de integrantes de compañías expedicionarias canarias destinados a luchar en Cuba, cf. ANC, fondo Asuntos Políticos, leg. 175.

poblado de Cruces, una columna formada por trescientos hombres de las compañías del Bailén y Canarias 42 chocó con los rebeldes de Máximo Gómez. La feroz carga a machete sobre los soldados novatos causó estragos. Después de unas cuantas horas de lucha hubo decenas de muertos y heridos²⁰. La emboscada acabó por ser una de las grandes victorias del ejército mambí en la guerra. Despejará el camino a las tropas de Maceo para que penetraran en la provincia de Matanzas, consumando la invasión del occidente cubano.

El primer muerto canario del que se hace eco la prensa insular no pertenecía, sin embargo, al Provisional de Cuba. El capitán de artillería Felipe Verdugo y Barlett, hijo de general, joven militar con inquietudes artísticas, falleció de viruela negra al comienzo de la campaña colonial²¹. Inaugurará una larga serie de víctimas mortales procedentes del Archipiélago. Precisamente los primeros isleños en estrenarse serán los del arma de artillería. Con la fuerza de ocho batallones de la Península, Baleares y Canarias se había constituido, en julio de 1895, uno de nueva planta: el 11º de Artillería de Plaza, que fue transportado inmediatamente a la isla. En principio, su misión era guarnecer las baterías y fortificaciones del norte de La Habana, es decir, los castillos del Morro y de La Cabaña y las baterías anexas a ellos. Pero también cubrirá los destacamentos del III Cuerpo de Ejército en La Habana, Matanzas y Pinar del Río. Un artillero tinerfeño escribiría a su madre una supuesta carta²² en la que comentaba sus primeras impresiones de la guerra. Afirmaba sentirse muy bien acogido, en medio de «un gran entusiasmo». Las asociaciones habaneras habrían regalado a cada uno «veinte reales, una gallina y todo el tabaco que quisieron». El periplo del soldado continuará por Santiago de las Vegas y Santa Cla-

²⁰ *Crónicas de la Guerra de Cuba* (reproducción de la edición de *El Fígaro*, 1895-1896), Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1957, pp. 57-58. GUERRERO, R.: *op. cit.*, II, pp. 446-450.

²¹ La necrológica en *Diario de Las Palmas*, 30 de abril de 1895. Destacó como dibujante, acuarelista, fotógrafo y escritor. Militar de carrera solicitó en 1894 el pase a Cuba y pertenecía en el momento de su muerte al 10º Batallón de Artillería de Plaza de La Habana.

²² La carta se puede leer en el *Diario de La Laguna*, 9 de octubre de 1895.

ra, en donde ya se dejaba notar la insurrección, aunque al permanecer en fortines aún no había entrado en contacto con el enemigo. Hecho que sí se producirá muchas veces en adelante, a lo largo de una guerra que en realidad tan poco se prestó al empleo de la artillería. Las bajas fueron numerosas y los datos muy poco precisos. Por ejemplo, se sabe que los canarios de la columna del general Luque fueron sumariados por tirarse al suelo en su bautismo de fuego, pero luego tomarían parte en los duros encuentros de la región de Vuelta Abajo²³.

Santa Clara, La Habana o Matanzas no tienen los espesos bosques y montes de otras regiones. Sus llanuras eran, no obstante, la zona más rica y poblada de Cuba, con los mayores ingenios de azúcar y fértiles vegas tabaqueras. El plan de Máximo Gómez consistía en paralizar su actividad económica para provocar el colapso de las estructuras coloniales. Las autoridades militares no dudaron en atestar estas provincias de soldados y voluntarios con la idea de hacer frente a lo que se dio en llamar la «política de la tea». A finales de 1895, el sabotaje en las comunicaciones o los cañaverales ardiendo eran un sobresalto diario. La impresión de caos y derrota arruinaron la actitud conciliadora de Martínez Campos²⁴. Los mambises rehuían el combate abierto, cansaban al enemigo y llenaban los hospitales de reclutas enfermos. Con la zafra en peligro, el desarrollo de la campaña conducía al fracaso español. Las compañías canarias del Provisional de Cuba fueron hospedadas brevemente en el castillo del Príncipe, y acto seguido se desplegaron por toda la comarca habanera y Matanzas. Era para entonces una guerra de continuas escaramuzas, largas marchas a pie desde el amanecer y un hostigamiento constante. Las declaraciones del mayor británico Leverson, agregado militar de su país en Cuba, muestran la crudeza de la jornada en el soldado expedicionario²⁵. Un rancho con un poco de arroz y frijoles, casi nunca había carne,

²³ DE OLIVER-COPONS, A.: *Los artilleros en Cuba*, Publicaciones del Memorial de Artillería. Imprenta de Artillería, Madrid, 1896, p. 29. *Diario de La Laguna*, 12 de marzo de 1896. *Diario de Las Palmas*, 20 de marzo de 1896.

²⁴ ELORZA, A.: *op. cit.*, pp. 339-341.

²⁵ SÁNCHEZ MEDEROS, J. A.: «Informe del Agregado Militar británico en Cuba, 1898», en *Tebeto*, 5, II, pp. 57 y 79-80.

forzaba a la requisita en campos y haciendas. El descuido en el aseo y la higiene personal de la tropa era manifiesto. Como no existían hospitales de campaña —a lo sumo un habitáculo eventual cuando se podía hacer un alto en el camino— y el combatiente se hallaba subalimentado, las bajas se multiplicaban. Las guarniciones y destacamentos no cumplían las normas profilácticas contra el paludismo. Los soldados aumentaban su fatiga por el exceso de impedimenta en aquel clima, se envenenaban al consumir bebidas espirituosas en mal estado o caían enfermos a causa del agua contaminada. Para colmo, los jefes de columna no respetaban los descansos ni la ordenanza de dos comidas diarias²⁶.

Weyler releva en enero de 1896 a un frustrante Martínez Campos. Decidido a acometer un cambio en la estrategia bélica, que incluía métodos brutales, hizo subir en extremo la tensión del conflicto. En primer lugar, fijó la trocha de Mariel a Majana para aislar a los rebeldes de Maceo en Pinar del Río. Luego comenzó a *reconcentrar* a la población civil dispersa en verdaderos campos de internamiento. El objetivo claro era cortar los apoyos que la insurrección recibía del campesinado cubano. Tácticamente obtuvo sus mejores triunfos al implantar un sistema de columnas más pequeñas y móviles que posibilitaban combates a la par. Las formaciones serían abiertas, protegidas por patrullas flanqueadoras y se buscaría el control de las vías de abastecimiento, en razón de su experiencia anterior en la Guerra de los Diez Años. Por contra, su jefatura derivará en un fuerte rechazo social a sus prácticas y talante, que alcanzó a los cubanos no nacionalistas, agrandando el apoyo *encubierto* de Estados Unidos al filibusterismo. El controvertido general no sería capaz de eliminar al adversario, pero sí pudo evitar que se apoderara de los centros vitales de aquella isla. En este contexto, la tarea del Provisional de Cuba fue muy concreta. Fragmentados en destacamentos tuvieron que dedicarse a la vigilancia de ingenios y potreros, y al cuidado o reparación de vías férreas y de líneas telegráficas. La insurgencia apresaba los trenes, des-

²⁶ ANC, *Circular sobre higiene del soldado del Ejército de Operaciones de Cuba*, 29 de septiembre de 1896, fondo Asuntos Políticos, Documentos Varios, leg. 242-1.

truía los raíles, puentes y estaciones; exigía pagar impuestos revolucionarios a las fábricas que pretendieran moler caña. El Batallón se empleó pues con una febril intensidad y sus soldados sostuvieron decenas de enfrentamientos armados.

Unos cuarenta canarios prestaron el servicio de escolta al tren de reparaciones en la línea de Güines, sufriendo el ataque incesante de partidas rebeldes. Veinticinco resistieron el asalto al ingenio *Averhoff*, en la jurisdicción de Aguacate, a comienzos de 1896. Muchos paisanos suyos se reunirán en la célebre columna Ripoll. Los choques se reprodujeron durante los meses posteriores: Ponce, El Inglesito, Pagan, La Yagua, Gavilán, Asiento de Culebra, Caimán, Los Guanches, etc. Hasta treinta acciones de combate —todas en la provincia de La Habana— figuran reseñadas en el expediente personal del primer teniente Tomás Castro Vázquez²⁷, natural de Pájara en la isla de Fuerteventura. Sus andanzas en esta guerra representan hasta cierto punto el recorrido del expedicionario isleño. Destinado al Batallón Provisional de Cuba a la edad de veintiocho años, marchó con éste en el *San Ignacio*. Se incorporó a una columna que operó en las zonas principales donde actuaron las fuerzas provenientes del Archipiélago. Pasó al Provisional de Canarias y en esta unidad permaneció en combate hasta que, en el verano de 1897, cayó herido de bala en un brazo. Gracias a esta circunstancia recibió la licencia de embarque para la Península y ahí quedó hasta el final de la contienda. La base de operaciones para la 6ª Compañía de los canarios fue el pueblo de Aguacate. Emplazados a fortificar éste y otros campamentos, su mayor éxito residió sin embargo en las acciones llevadas a cabo cerca de Durán. Las patrullas, a las que Weyler había dotado de guerrillas montadas, lograron que el ferrocarril y el telégrafo funcionaran con regularidad en esa importante zona²⁸.

El batallón expedicionario *de Cuba* fue eliminado el 28 de diciembre de 1896 y con su infantería se crearon a su vez dos

²⁷ AGM, 1ª Sección, leg. C-2362.

²⁸ *Las Afortunadas* de La Habana, 2 de febrero, 1 de marzo y 6 de abril de 1896; *Diario de Las Palmas*, 21 y 29 de enero, 22 de abril y 10 de agosto de 1896; *Heraldo de Canarias*, 19 de mayo de 1896.

batallones provisionales, el de Baleares y el de Canarias²⁹. Este Provisional de Canarias —con cuatro compañías— se formó a partir de una mayoría de combatientes procedentes de dichas islas, pero soldados y oficiales de ambas provincias insulares se entremezclarán en uno u otro batallón durante el resto de la guerra, desmintiendo las noticias de prensa que afirmaban que solo estarían provistos exclusivamente de naturales de cada región³⁰. Aunque no se explicitaron los motivos para que se produjera tal reajuste, algunas publicaciones de la colonia canaria en Cuba, como *Las Afortunadas* o *Las Canarias*, manejaron todo el tiempo esta idea. La propaganda sobre el españolismo radical de los isleños haría valer las peticiones para que se ubicase en aquellas tierras una fuerza regular de las islas. En complicidad con los medios, la conservadora Asociación Canaria de Beneficencia y Protección Agrícola de La Habana, cuyo presidente era el profesor Justo Pastor Parrilla, obtuvo de Weyler el compromiso de su creación. La comarca de San José de Las Lajas fue la elegida para un nuevo acantonamiento. Al declararse la guerra con los Estados Unidos tendrán también que vigilar la costa de Bacuranao. Los soldados de este batallón proseguirán, hasta el armisticio de agosto de 1898, con las labores que les habían sido encomendadas al llegar, peleando en las mismas condiciones que antes. Una herida grave, o el desplome por las fiebres, eran el único y funesto pasaporte de salida para aquella condena. El repaso a vuelapluma por algunos de los diarios del Archipiélago nos da los nombres de 104 soldados canarios muertos entre marzo de 1896 y julio de 1898. Pero quizás lo peor de todo fuese el comprobar que sus padecimientos resultaban absolutamente estériles. La falta de apoyo popular, y los monumentales errores políticos cometidos, precedieron a la derrota. Por orden de la Capitanía General de Cuba, el Batallón Provisional de Canarias fue disuelto junto a las demás fuerzas coloniales en septiembre de 1898, ordenándose la vuelta a casa de los supervivientes.

²⁹ Los dos batallones sumarán al completo una fuerza de 2.360 hombres.

³⁰ *Vid.* «Disolución del Batallón Provisional de Cuba», *Diario de Las Palmas*, 26 de enero de 1897.

LA REPATRIACIÓN

En todas las imágenes evocadoras de la guerra colonial se reitera aquella que muestra a un soldado repatriado con el rostro icterico y su escuálido cuerpo envuelto entre los harapos del uniforme de rayadillo. El excombatiente enfermo, hambriento, funcionará como tópico fácil en esa España menguante, que removió la propensión de la prensa al melodrama³¹. La fiel descripción de las penalidades de esos *espectros* venidos de ultramar, rica en anécdotas, duró lo que tardara en evaporarse la actualidad noticiosa del asunto. Desde un ángulo sociológico, el regreso de las tropas no provocará más que la indiferencia, el desinterés de la mayoría, fuera de las familias afectadas y del impacto primero de la derrota. Hubo mucho de hastío en esta actitud de mirar hacia otro lado, ya que desde 1896 se asistió a un constante goteo de miles de bajas. Tras perderse Cuba, el modo general en cómo se pasó página, sin más, sobre las desgracias de la guerra se observará también en Canarias, incluso con cierto énfasis. Si la marcha de los quintos produjo un considerable cancionero patriótico, nada perduró en la tradición oral, ni en la literatura propia, sobre los repatriados isleños. No debe de extrañar este comportamiento por parte de unos artistas y escritores refugiados en el escapismo modernista, a lo que se sumó el temprano silencio de los periódicos³². El repa-

³¹ NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «El drama de la repatriación», en *Militaria*, 13, 1999, pp. 34-36. Las condiciones físicas, anímicas y económicas de los soldados, más las pérdidas humanas y los costes económicos de la cesión de Cuba, en la tesis doctoral de TOLEDO LORENZO, F.: *Una dimensión social del Desastre del 98: los problemas de la repatriación*, UCM, Madrid, 2003.

³² La temática del repatriado ocupó un lugar muy marginal en la cultura novecentista española. Dentro de un espectáculo de gran aceptación popular como era entonces la zarzuela, aparecería el famoso «coro de los repatriados», en *Gigantes y Cabezudos* de Miguel Echegaray. En Barcelona surgió la corriente estética del *miserabilismo*, con pintores como Ricard Opisso que retrataron a los soldados que volvían de la guerra. Aparte de Clarín o Bazán, la literatura que los reconoce tiene un carácter folletinesco y de dudosa calidad. En Canarias hay una ausencia absoluta de este tipo de referencias.

triado se convirtió pronto en un ser incómodo en casi todos lados, ni siquiera el discurso regeneracionista les tendrá en cuenta. La vivencia de sus desgracias como algo íntimo, por la que ninguna institución tuvo que responder, aniquiló su memoria histórica.

El veterano de Cuba es una figura muy difuminada en el tiempo, de dificultoso rescate. Pesaron sobre él un olvido clasista y el silencio ante cualquier crítica social de fondo que cuestionase el tratamiento oficial de la derrota. La miseria, el analfabetismo, la falta de recursos unida a la insensibilidad de los poderes públicos, nublaron a los repatriados. A este ejército de menesterosos e inutilizados le será negada la condición de colectivo merecedor de especiales atenciones. Junto a esa nula voluntad política, en Canarias se da además la particularidad del momento. El retorno coincide con el cúmulo de malas sensaciones a que empujan las crisis coetáneas de redistribución colonial, mas en qué modo podrían seguir afectando éstas al frente insular ibérico. Las islas se militarizaron después de 1898, según la profundización *españolizadora* que se abrirá al reinado de Alfonso XIII, y que buscaba un reforzamiento de los lazos con el Estado. Luego nada debía perturbar tal necesidad de estabilidad, a pesar de los incontables prófugos, del rechazo soterrado a las quintas y, encima ahora, de la molesta presencia de los repatriados. Sería muy aventurado ofrecer una cifra exacta de los soldados canarios que quedaron en esa situación. Las estadísticas generales son a la par insuficientes. Los datos tienen que ser estimativos a la fuerza y corroboran las trabas cuantitativas para estudiar la repatriación. No se puede saber el total de heridos y enfermos que a lo largo de la campaña regresaron y murieron en sus lugares de origen, aunque se pueda suponer que fueran muchos debido a la catástrofe sanitaria del ejército español. El plazo para la evacuación total de Cuba —bajo presión estadounidense— se fijó para la cercana fecha de diciembre de 1898, lo que hizo aún más severas las circunstancias en que hubieron de volver los soldados³³.

³³ La flota de la *Compañía Trasatlántica* se hallaba dispersa en el momento del armisticio. Se pudo reunir en Cádiz a una treintena de barcos —dos fueron pertrechados como buques-hospitales— y se contrataron a veintitrés

La fuerza de los batallones provisionales de Canarias y Baleares se dividió en tres partes iguales para ser dada de alta en nuevos cuerpos de destino³⁴. Éstos fueron los regimientos de *La Reina 2*, *Murcia 37* y *España 46*. La licencia de los expedicionarios en unidades en las que no combatieron —el Provisional de Canarias había llegado a formar en 1897 una media brigada en La Habana con el *España*— ha aumentado las probabilidades de que se le pierda la pista a un número significativo de ellos. Las cifras que se pueden entresacar de los avisos publicados en el Boletín Oficial de la Provincia son irreales. En 1900 se citan a 280 soldados canarios de todas las islas para el cobro de sus alcances, sin especificar si fueron repatriados o fallecieron. En este último apartado sólo figuran quince en otra relación. A veces tampoco se aclara el lugar de campaña y se nombran con el término genérico de ultramar³⁵. La prensa es todavía menos fiable para establecer conclusiones en torno a la cantidad de soldados que regresan. *El Cronista* de Las Palmas informa de veinticuatro repatriados para todo 1897 —tres fallecieron en el *Isla de Panay* y dieciocho desembarcaron enfermos—. Este diario despachó también la vuelta a casa de setenta y un soldados isleños a fines del año siguiente. Otro apunte aislado lo proporciona el *Diario de Tenerife*, que comunicaba la llegada entre febrero y marzo de 1899 de 130 excombatientes oriundos de las islas occidentales³⁶. Se trata de pequeños fogonazos que aparecen en buena parte de los periódicos canarios y que no permi-

más en el extranjero, la mayoría viejos, mal dotados y peor acondicionados. Las quejas por el trato y la alimentación a bordo fueron habituales. En tan escaso tiempo se trajeron a España a más de 235 mil personas, si bien 1.275 murieron en la travesía y encontraron sepultura en el Atlántico. En el caso de Filipinas, la operación se prolongará hasta 1900, *vid.* LLORCA BAUS, C.: *La Compañía Trasatlántica en las campañas de ultramar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990, pp. 154-155.

³⁴ *Orden del Capitán General de Cuba*, 22 de septiembre de 1898, ANC, fondo Asuntos Políticos, Documentos Varios, 1895-1898, leg. 242/1.

³⁵ En 1902 suman 213, pero muchos nombres se repiten con los listados anteriores, en 1903 son 123 y aún en 1905 figuran 262 veteranos en diferentes llamamientos del Boletín.

³⁶ *El Cronista* de Las Palmas, 7 de diciembre de 1898. *Diario de Tenerife*, 17 de febrero, 6 y 21 de marzo de 1899.

ten más especulaciones. Sin embargo, la memoria de la comisión liquidadora del Batallón Provisional de Canarias deja a la luz un volumen mucho mayor de soldados que pudieron regresar a esta región. En el cierre del listado aparecen 113 oficiales y nada menos que 1.498 individuos de tropa, pero hay que puntualizar que no todos eran canarios. Al comprobarse la filiación, se observa la diferente procedencia de bastantes de los veteranos, en especial los de Baleares³⁷.

La forma en que se ejecutaron los trabajos de repatriación generó numerosos inconvenientes para los soldados, los grandes perjudicados por las prisas y las fallas de la operación³⁸. Si a la España real pronto dejó de importarle aquel drama, la oficial se vio superada en su capacidad para hacerle frente. Los repatriados pusieron al país frente al espejo de sus propias fatigas morales y económicas. Traer de vuelta a las tropas le supondría unos cincuenta millones de pesetas al erario público, pero los costes sociales fueron incalculables con relación a las constantes bajas producidas por la guerra. En un momento dado se pensó en utilizar a las Canarias como escala médica, para acoger a los soldados enfermos que necesitaran desembarcar con urgencia. Cada uno de los vapores-hospital de la *Trasatlántica* podría albergar a 600 repatriados, saliendo una vez al mes de La Habana para Cádiz. El plan se demostró del todo inviable frente a las privaciones presupuestarias³⁹. *El Imparcial* habló de los terroríficos barcos-cementerios. En un solo viaje, en 1897, se cargaron 1.200 hombres de los que no podían atenderse en Cuba, lo que el periódico madrileño atribuyó a la dejadez en la

³⁷ *Memoria del disuelto Batallón Provisional de Canarias. Comisión Liquidadora. 1903*, AGM, 2ª Sección, 3ª División, leg. 118. A la inversa, hubo mozos canarios que sirvieron y fueron liquidados en el Provisional de Baleares. Los historiadores mallorquines han confirmado hasta 1.131 soldados de estas islas mediterráneas repatriados entre septiembre de 1898 y mayo de 1899, MARIMONT RIUTORT, A./SALVÀ, X.: *op. cit.*, p. 28.

³⁸ *Vid.* NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados», en NARANJO OROVIO, C. *et alii* (ed.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas en el 98. Actas del Congreso Internacional de Aranjuez, 2-28 abril 1995*, Doce Calles, Madrid, 1996, pp. 597-620.

³⁹ *Diario de Las Palmas*, 12 de enero, 5 de agosto y 15 de octubre de 1898, citado de *El Imparcial*.

preparación sanitaria⁴⁰. Dentro de aquel horror aún preocupaba más la posibilidad de transmisión de la fiebre amarilla en la Península que la suerte de los afectados. Debía así procurarse el aislamiento absoluto de la zona de contagio, alejándolos de los puertos. En La Habana, los moribundos habían sido amontonados en los almacenes de azúcar del muelle o en el sucio hospital de San Ambrosio en la bahía, incrementándose en extremo la morbilidad de la tropa. Estos espantosos locales —bautizados como «palacios del vómito»— funcionaron como salas de espera para aquellos que iban a ser devueltos a su lugar de origen. Muchos de los enfermos, cuyos nombres no se conocerían nunca, ingresaron sin documentación y fallecieron ahí, poco antes de cumplir con el embarque.

El público se topó pronto con esos repatriados que llevaban en su físico el sello de los sufrimientos de la campaña y los quebrantos del clima tropical. La compasión popular dará paso a una oleada de acciones caritativas para recaudar fondos de ayuda a los soldados —común en muchos lugares— que se pregonó como fruto de la solidaridad patriótica. Éste fue el modo en que se afrontó la cuestión globalmente, con predominio del tono sensiblero y humanitario, sin que las autoridades nunca creyesen en que las grandes necesidades materiales y sanitarias del retornado debían constituir una legítima prioridad social⁴¹. Es verdad que las proporciones que alcanzó esta crisis abrumaron al Estado. Se manejó la friolera de seis mil repatriados sólo en 1896, quinientos por mes⁴². En las islas, mientras se combate en lejanas colonias, se suceden los gestos filantrópicos con el paupérrimo quinto que volvía de ultramar. La nutrida comunidad británica en el Archipiélago extenderá cheques en libras esterlinas para repartirlos entre las familias de los más desfavorecidos. Se celebrarán juegos florales, verbenas, competiciones de lucha canaria, etc., con la idea de socorrer a los damnificados locales en forma de generosos donativos. Los gremios y las organizaciones mercantiles realizarán colectas con idéntico fin.

⁴⁰ *El Imparcial*, 19 de octubre de 1897.

⁴¹ NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «El drama...», *op. cit.*, p. 41.

⁴² *Diario de Las Palmas*, 14 de abril de 1897, citado de *El Liberal* de Madrid y su artículo de fondo «La repatriación del soldado».

Tantos eventos, tanta jactancia en la misericordia cristiana, para que en un abrir y cerrar de ojos todo se sumergiera en la apatía generalizada. De ésta apenas escaparán la Cruz Roja de Tenerife —junto con la de La Palma habían auxiliado antes de 1898 a casi setecientos soldados repatriados con ropas, medicinas, vinos, apósitos y otros enseres— y algunas iniciativas particulares, caso del célebre obispo Cueto, quien habilitó durante un tiempo el palacio episcopal de Las Palmas como hospital para los heridos y enfermos de las campañas.

Los gobernantes dirigieron sus esfuerzos fundamentalmente a prevenir el riesgo que suponía para la salud de sus poblaciones la presencia de soldados enfermos. El ejército español era en esos momentos un potencial transmisor de infecciones, de las cuales no escaparían ni las tropas de los Estados Unidos que tomaron Santiago, y que estuvieron al borde del derrumbe por descuidar las medidas higiénicas. Las causas mayores de muerte entre los soldados canarios de Cuba derivaron —no podía ser de otra manera— de la acción de los mismos agentes patógenos que provocarían más del 90 % de las bajas en aquella guerra. Frecuentan las razones del fallecimiento en primer lugar la fiebre amarilla, seguida del paludismo, la tuberculosis y la disentería crónica⁴³. Todas las fuerzas repatriadas debían de ingresar en el lazareto sucio para guardar la obligada cuarentena. Tras este protocolo, y durante un periodo prudencial, los médicos titulares de los ayuntamientos guardarían visita diaria a los veteranos, trasladando a los alcaldes los partes sanitarios. Pero no siempre funcionaban los controles de las autoridades. En Canarias las posibilidades de contagio eran muy altas por cuanto existía, a su vez, un tráfico interinsular de personas que muchas veces relajaba el rigor de la vigilancia. Se sabe de un soldado

⁴³ Cf. Archivo Histórico Provincial de Las Palmas (AHPLP), fondo Ayuntamiento de Las Palmas, serie Auxilios, leg. 52-61, serie Sanidad, leg. 5, exp. 10 y serie Beneficencia, leg. 3, exp. 80. Por sólo citar un ejemplo de esa triada fatal que emboscaba al expedicionario —vómito, viruela y paludismo—, contamos con el informe médico del capitán del Provisional de Canarias Rafael Castro Caubín, después de su hospitalización en el *Alfonso XIII* de La Habana. Presentaba un cuadro clínico de malaria aguda con infarto hepático, anemia, úlceras en las piernas y erupción eccematosa. A pesar de la gravedad de sus dolencias, sobrevivió, AGM, C-2351.

expedicionario que llegó a Las Palmas inutilizado por la viruela. El capitán del vapor *Hespérides* que lo trajo desde Santa Cruz fue sancionado por haber desembarcado a este individuo sin previo aviso. También, en medio de la guerra, se encendió la alarma en Tenerife por rumores de extensión a sus principales ciudades de una epidemia variolosa focalizada en el sur de la isla, al parecer traída por viajeros llegados de Cuba⁴⁴.

Los muertos canarios, al igual que los repatriados, quedaron huérfanos de un censo oficial. Da la impresión de que tampoco importó demasiado su recuerdo pasado el año 1899, en que catedrales y parroquias celebraron honras fúnebres por los vecinos caídos en ultramar. De los 252 veteranos de Cuba y Puerto Rico que solicitaron una fe de soltería en la Diócesis de Las Palmas, únicamente seis declararán haber sido repatriados enfermos⁴⁵. Fueron seguro muchos más —basta con leerse los sueltos de los diarios isleños describiendo el desembarco de soldados «cadavéricos, muriéndose»—, lo cual implicaría un deceso descomunal en el retorno. Los testimonios son por momentos desgarradores. Un jornalero grancanario se confesaba mantenedor de madre y hermana con un exiguo jornal, el día que trabajaba, ya que enfermó como soldado en Cuba y no ejercía «profesión ni industria». Otro expone que «llegó bastante delicado de la guerra y su padre tuvo que gastar mucho para poder reponerse». El subregistro alcanzará tal magnitud que en los auxilios municipales de Las Palmas se hallan anotados dieciséis soldados fallecidos en Cuba, seis a la vuelta —a los que habría que añadir dos víctimas durante la travesía—, pero de diecinueve se desconoce dónde expiraron, todos muy jóvenes, con edades entre 21 y 27 años. No obstante, los historiales de las comisiones liquidadoras del Ejército destaparán la envergadura de esta mortandad. Hurgando en las 68.583 estancias de hospital en Cuba, el Batallón Provisional de Canarias expidió 242 certificados de defunción. Por comparar, el de Baleares hizo lo propio con 294 soldados, pero además adjunta a 306 repatriados

⁴⁴ *Heraldo de Canarias*, 1 y 5 de diciembre de 1896.

⁴⁵ Archivo Histórico Diocesano de Las Palmas (AHDLP), Expedientes de Soltería, 1899-1904, leg. 57-66.

enfermos o inútiles⁴⁶. La carencia de recursos en las familias motivó que entidades como la Cruz Roja se encargasen de sufragar el entierro de aquellos infortunados que sucumbieron a su mala salud. El abandono en que terminaron algunos de los excombatientes fue indigno. Solos y enfermos, sin parientes cerca, hospedados en casas-asilo o en pensiones baratas del puerto no pudieron ni pisar sus hogares.

Mezquindad es la palabra que mejor expresaría el trato que rodeó a los soldados de ultramar. La demora inaceptable con que cobraron sus sueldos y pensiones —cuando pudieron hacerlo— refleja la conducta negligente de la Administración, sin excusa en los aprietos económicos existentes. Jamás serían recompensados según sus necesidades. A la tropa se le había ya ignorado en campaña hasta el punto de hacerle pasar hambre. Regresaron sin percibir sus alcances y una buena parte de los suministradores civiles del Ejército se arruinaron. Algunos tercios de guerrillas se amotinarán durante el armisticio —por ejemplo, en Cienfuegos— al no recibir sus haberes. En la Guerra del 68, a los combatientes enfermos, ya fueran clases u oficialidad, se les mantuvo con solo la mitad del sueldo por los mayores gastos que ocasionaba la baja⁴⁷. En torno al asunto de los derechos adquiridos por el soldado repatriado, o por los familiares de aquel que hubiera muerto, se puede apreciar nuevamente la ficción burocrática de los boletines oficiales. No se completó la cobertura social de los individuos involucrados, aún reconociéndose por parte del Estado la obligación de satisfacer soldadas, pluses de campaña, premios de reenganche o pen-

⁴⁶ *Memoria sobre los trabajos de alistamiento verificados por la Comisión Liquidadora del disuelto Batallón Provisional de Baleares, antes de Cuba, como resultado de la revista de inspección llevada a cabo el día 2 de enero del corriente año, en cumplimiento de lo dispuesto en la RO circular del 4 de diciembre (DO 273)*. 1903. AGM, 2ª Sección, 3ª División, leg. 118.

⁴⁷ SERRA ORTS, A.: *Recuerdos de las guerras de Cuba, 1868 a 1898*, Tipografía A.J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife, 1906, pp. 18 y 88. Cf. DE PAZ SÁNCHEZ, M.: «Antonio Serra Orts (1856-1926), el último combatiente español en la Guerra Hispano-cubana-norteamericana», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 1990, pp. 103-124. Antonio Serra narra en sus recuerdos como un capitán había encontrado arroz al crédito en una tienda porque hacía tres meses que no cobraba y les debían siete meses de paga, p. 11.

siones por inutilidad o fallecimiento. Para empezar, el expedicionario se sostendrá con una paga miserable al tiempo que sus allegados tuvieron que vivir en el desamparo mientras se le mantuvo movilizado. Las cruces pensionadas y unos subsidios de limosna apenas servirían para aliviar transitoriamente las secuelas de la guerra. Los atrasos por cada mes de campaña se establecieron en sólo cinco pesetas mediante un controvertido decreto de 1899 que levantaría más de un reproche. La asignación que fijó el Gobierno por la muerte del soldado fue de 182'5 pesetas anuales. Si en esa época el jornal diario de un peón era de 1'75 pesetas⁴⁸, está todo dicho. Al colectivo socialmente más vulnerable fue al que se dejó más indefenso.

La larga demora en la liquidación de sus alcances amargaría la existencia a todo este grupo de personas. Por eso, en no pocas ocasiones, se tiró de la caridad privada para el socorro pecuniario de los soldados repatriados. La Administración se escudó en las dificultades técnicas que encontraba para reconocer los derechos de cada cual. La división de las fuerzas y el movimiento de las columnas en tan accidentada campaña, la diferente situación de los cuerpos al disolverse unos y transformarse otros, el amplio número de bajas, impedirían, «ni con un esfuerzo extraordinario», llevar a término la liquidación en un plazo inferior a dos años⁴⁹. Y era cierto, lo malo fue que esas faenas se extendieron mucho más allá del bienio previsto. En los archivos del Ayuntamiento de Las Palmas hay papeles asociados a las libretas de ajuste de pagos de más de doscientos soldados repatriados de Cuba y Filipinas —incluyen a doce guerrilleros—, cuya fecha límite llega a 1909. Las unidades militares se achacaban unas a otras la responsabilidad de fijar las sumas adeudadas. La complicada localización a tiempo del interesado en un territorio mal comunicado, la mudanza de una isla a otra, eran factores que retardaban o arruinaban el cobro definitivo de haberes. Así, es común en bastantes de estos veteranos la nota

⁴⁸ SÁNCHEZ ABADÍA, S.: «Olvidos de una guerra: el coste humano y económico de la independencia (Cuba-España, 1895-1898)», en *Revista de Indias*, LXI, 221, 2001, pp. 114 y 133.

⁴⁹ Exposición de los Ministerios de Guerra y Hacienda, *Gaceta de Madrid*, 17 de marzo de 1899.

de hallarse en paradero desconocido⁵⁰. El total de las cantidades ajustadas a los soldados —variaban mucho de las clases a los suboficiales y oficiales— importaba alrededor de 10.500 pesetas en diez años, un montante ridículo, el equivalente a cinco redenciones de servicio en ultramar⁵¹. El analfabetismo, la pobreza de solemnidad y el desconocimiento de la burocracia no solo obstaculizaban el proceso, sino hacían que éste se prestase a la intermediación de estafadores y pícaros que pretendían suplantar en el cobro a los interesados⁵².

Ahora bien, quizás la pregunta más importante que cabría hacerse con relación a los soldados repatriados es qué aportaron, por poco que fuere, a aquella sociedad isleña del cambio de siglo. En apariencia, sus dramáticas vivencias resultaron baldías. Nada se sabe de cómo podría haber influido el menosprecio con que fueron tratados en la lenta toma de conciencia de las clases populares sobre su postración social, en las primeras manifestaciones del movimiento obrero en Canarias⁵³. Los actos

⁵⁰ AHPLP, Auxilios, leg. 52-61. El ajuste del Batallón Provisional de Canarias comenzó en mayo 1899 y se prolongó durante tres años y medio. En ese momento seguían sin embolsar sus haberes mil doscientos soldados de mil quinientos en lista. El oficial que redactó el informe juzgó «lamentable» este retraso y lo imputó a las deudas de la administración militar con la Comisión. La tarea de localización del personal había sido ardua pero se logró completar. No ocurrió lo mismo con el dinero, *Memoria del disuelto Batallón...*, AGM, 2ª Sección, 3ª División, leg. 118.

⁵¹ En la Caja del Regimiento de Infantería de Tenerife permanecía depositada en 1905 la cantidad de 8.869 pesetas a percibir por 262 soldados de ultramar, sin especificarse el lugar de campaña. Para cobrar debían promover instancia a la subinspección de tropas justificando su identidad con la cédula personal y la libreta de ajustes liquidada y cerrada, *Boletín Oficial de la Provincia de Canarias*, 18 de octubre de 1905. Aunque las prestaciones eran muy bajas, la falta crónica de liquidez del Estado sería la primera causa en la dilación del pago, que se intrincaba aún más con el avance del número de bajas por muerte e inutilidades, SÁNCHEZ ABADÍA, S.: *op. cit.*, p. 137.

⁵² AHPLP, Auxilios, leg. 53.

⁵³ Durante la Guerra de Cuba la revista independentista canaria *El Guanche* de Caracas se incursionó en las injusticias del servicio militar y la manipulación burguesa de la clase trabajadora, cuyos hijos morían en defensa de los intereses coloniales del régimen español. La publicación tuvo una vida efímera en su primera etapa y esta temática caerá en el vacío con una excepción: *El Telégrafo* de Las Palmas sacó el 4 de octubre de 1900 un ar-

de indisciplina entre la tropa y la población no pasaron de simples conatos. El Provisional de Canarias reconoce exclusivamente quince delitos de desertión en sus filas. En Vigo, la masa que esperaba impaciente al contingente repatriado en el *León XIII* se sublevó en aquel puerto debido a la tardanza en el desembarco de unos soldados desesperados. No hubo en ningún sitio, ni en el transcurso del conflicto ni después, disturbios graves como los que estallarán con motivo de los reclutamientos para Marruecos⁵⁴. Por eso no deja de sorprender el parte del Capitán General de Sevilla a Camilo Polavieja de 13 de marzo de 1899. En él se notificaba la celebración, «en varios puntos», de manifestaciones de «repatriados canarios» que reclamaban el abono urgente de sus alcances. Se hacía hincapié en por qué se toleraba esas reuniones y mociones colectivas de los retornados, sin repararse en el carácter militar de los individuos. Debían frenar a toda costa cualquier tentativa que los condujera a organizarse en defensa de sus derechos y «dirigirse a los compañeros de desgracia» en otros lugares. Un suceso de este calado haría escaparse de las manos «el término de sus aspiraciones y tendencias» para desembocar en «posibles transgresiones del código de justicia militar». El escrito termina con la certificación de concentraciones en Madrid, Santander y La Coruña. En Valencia unos doscientos repatriados se habrían presentado frente al Gobierno Civil⁵⁵.

Contra lo que pudiera vaticinar el jefe militar de Andalucía, el orden público no se vio para nada alterado. La pobreza y debilidad de los soldados pudo con ellos mucho más que la movili-

título de fondo —objeto de ataques por parte de la autoridad militar— bajo el título de «Capitalismo y militarismo». En él se dibujaba a un «ejército de explotados», de reclutas de «un pueblo oprimido que quiere romper sus cadenas de esclavo», llamando a la rebelión contra las quintas.

⁵⁴ *Memoria del disuelto Batallón...*, leg. 118. «El último repatriado», en *Blanco y Negro*, 21 de enero de 1899.

⁵⁵ Al Capitán General le parecía «algo sediciosa» la actitud de los soldados repatriados, que estaban bajo jurisdicción castrense, Servicio Histórico Militar, 2ª Sección, 4ª División, leg 168/R40. Se produjeron además manifestaciones de repatriados en marzo de 1899 en Baleares, MARIMONT RIUTORT, A.: *La crisi de 1898 a les Illes Balears: repercussions polítiques i ideològiques de les guerres de Cuba i Filipines*, El Tall, Palma de Mallorca, 1997, p. 157.

ción a favor de unas justas demandas. La supervivencia individual se impuso al sentimiento de colectividad. Por las calles de las ciudades peninsulares deambularon los repatriados harapientos, rogando unas monedas vestidos todavía con el uniforme militar. Este final tan calamitoso no termina de encajar por completo dentro de lo que era el entramado social de las islas. No se vislumbra que el destino último de decenas de ellos hubiese sido la mendicidad —sin que por ello se infravaloren aquí sus sufrimientos— ni que la guerra los convirtiese en unos marginales, al menos más de lo que ya lo eran antes de ir a servir a ultramar. Siempre que la salud les respetase, en el seno de una sociedad pobre, desigual, pero en ritmo de expansión económica, la emigración y la agricultura exportadora podrían haber ejercido de amortiguadores. Aunque la vuelta a la normalidad fue problemática, parece adivinarse su progresiva reintegración al trabajo, al mundo cotidiano que los envolvía. Se restituye al depauperado a su lugar de pobreza habitual. En los aludidos expedientes de soltería nos tropezamos con repatriados que dicen ser artesanos, carpinteros o carpinteros de ribera, pescadores, zapateros, latoneros, etc., pero sobre todo jornaleros agrícolas —el 59%— y labradores —15%—. En línea con la tasa general de iletrados en esos años, el 62% no sabía leer ni escribir. La miseria en la que vivían era atroz, habitan en cuevas, ganan jornales de peseta diaria, si bien la manera en como prestaron su testimonio desprende una decencia conmovedora. Ciento cuarenta y tres declararon explícitamente su pobreza, la que sin embargo no les había hecho olvidarse «del hambre y las fatigas de la campaña y el deseo vehemente de volver a casa». Terminará siendo paradójico que esa Cuba a la que marcharon a luchar fuese el país al que un buen número de soldados decidió volver para mejorar sus condiciones de vida y ganarse un futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNET, M.: *Biografía de un cimarrón*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1966.
- DE OLIVER-COPONS, A.: *Los artilleros en Cuba*, Publicaciones del Memorial de Artillería. Imprenta de Artillería, Madrid, 1896.
- DE PAZ SÁNCHEZ, M. *et alii*: *El bandolerismo en Cuba, presencia canaria y protesta rural*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1994.

- *Wangüemert y Cuba*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1991.
- DOMINGO ACEBRÓN, M. D.: «Los canarios en el Ejército Libertador de Cuba, 1895-1898», en *Tebeto*, 5, II, 1994.
- Elorza, A.: «Con la marcha de Cádiz (imágenes españolas de la Guerra de Independencia Cubana, 1895-1898)», en *Estudios de Historia Social*, 44-47.
- FERNÁNDEZ, J./CASTELLANO GIL, J. M.: *Mambises isleños. Canarios en el Ejército Libertador de Cuba*, Servicio Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999.
- GUERRERO, R.: *Crónicas de la Guerra de Cuba*, M. Maucci, Barcelona, 1895-1897.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E./MANCEBO, M. F.: «Higiene y sociedad en la Guerra de Cuba (1895-1898). Notas sobre soldados y proletarios», en *Estudios de Historia Social*, 5, 1978.
- LORCA BAUS, C.: *La Compañía Trasatlántica en las campañas de ultramar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.
- MARIMONT RIUTORT, A./SALVÀ, X.: «Mallorquins, menorquins i eivissencs a les guerres de Cuba i de les Filipines», en *Randa*, 1989.
- MORENO FRAGINALS, M. R./MORENO MASÓ, J. J.: *Guerra, migración y muerte (El ejército colonial en Cuba como vía migratoria)*, Júcar, Gijón, 1993.
- NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «El drama de la repatriación», en *Militaria*, 13, 1999.
- «Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados», en NARANJO OROVIO, C. *et alii* (ed.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas en el 98. Actas del Congreso Internacional de Aranjuez, 2-28 abril 1995*, Doce Calles, Madrid, 1996.
- SÁNCHEZ ABADÍA, S.: «Olvidos de una guerra: el coste humano y económico de la independencia (Cuba-España, 1895-1898)», en *Revista de Indias*, LXI, 221, 2001.
- SÁNCHEZ MEDEROS, J. A.: «Informe del Agregado Militar británico en Cuba, 1898», en *Tebeto*, 5, II, 1994.
- SERRA ORTS, A.: *Recuerdos de las guerras de Cuba, 1868 a 1898*, Tipografía A. J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife, 1906.
- YÁÑEZ GALLARDO, C. R.: «La última invasión armada. Los contingentes militares españoles a las guerras de Cuba, siglo XIX», en *Revista de Indias*, 194/LII, 1992.